



LIBRO II.

LAS PASIONES.



CAPITULO I.

ESPERANZA Y MIEDO.

Las promesas de la Esperanza son mas dulces que el perfume de las rosas y mucho mas alhagadoras en su expectativa; pero las amenazas del miedo son un terror para el corazon.

No obstante, no te dejes seducir locamente por la esperanza, ni permitas que el miedo te aparte de tu deber. Asi estarás siempre preparado para todos los acontecimientos con el mismo ánimo sereno.

El que es bueno no teme à la muerte. Retira tu mano de todo mal y tu espíritu no tendrá nada que temer.

En todas tus empresas deja que una seguridad razonada te estimule á perseverar. Si desesperas del éxito fracasarás en todas ellas,

No aterrorices tu alma con vanos temores, ni desanimes tu corazon con los fantasmas de la imaginacion.

El miedo atrae la desgracia. El que espera se ayuda á si mismo.

Como el avestruz perseguido oculta su cabeza, olvidando su cuerpo, asi los temores de un cobarde, lo esponen al peligro.

Si crees imposible una cosa, tu desaliento hará que lo sea; pero si perseveras en tus esfuerzos vencerás toda dificultad.

Una vana esperanza alhaga el corazon de un tonto; pero quien es inteligente no la persigue.

Procura en todos tus deseos que la razon te sirva de guía, y no fundes tus esperanzas fuera de los límites de lo probable. Asi lograrás éxito en tus empresas, é impedirás que tu corazon sufra con el desengaño.

CAPITULO II.

ALEGRIA Y TEMOR.

No permitas que tu goce sea tan extravagante que extravie tus sentidos; ni que tu pesar sea tan profundo que deprima tu corazon. Este mundo no ofrece ningun bien tan grande, ni un mal tan excesivo, que te obligue á sobreponerte ó á rebajarte fuera de toda moderacion.

¡ Escucha ! Allá á lo lejos puedes distinguir la morada del Placer. Está pintada por fuera y parece alegre, puedes reconocerla por el ruido de los goces exaltados que de ella se exhalan. La dueña de la casa está en la puerta y llama á todos los que pasan; el canto, los gritos y las risas no cesan.

Ella invita á los placeres de la vida, que, segun asegura, solo se encuentran bajo su techo.

Pero no traspases sus umbrales, ni te asocies á los que frecuentan su morada.

Ellos se dicen hijos del placer: rien y parecen felices; pero el desorden y la locura aparecen en todos sus actos.

Están ligados de manos con el Daño y sus pasos los conducen hácia el Mal; los rodean los peligros y el abismo de la destrucción está bajo sus plantas.

Vuelve tu vista á otro lado y contempla en aquel valle sombreado por los árboles y oculto á las miradas de los hombres la mansion del Pesar.

Su seno se levanta con los suspiros, sus labios no producen mas que lamentos: se deleita en contemplar la humana miseria. Ve los accidentes comunes de la vida y llora; la debilidad y perversidad del hombre es el tema obligado de sus labios.

Para ella toda la naturaleza es presa del mal; cada objeto que ve está teñido con lo tenebroso de su imaginación; el quejido y el lamento entristece día y noche sus habitaciones.

No te acerques á su celda: su aliento es contagioso: secará los frutos y marchitará las flores que adornan y endulzan el jardín de la vida.

Huyendo de las mansiones del Placer,

no permitas que tus pasos te traicionen y te conduzcan á esa residencia tenebrosa; sigue cuidadosamente la senda de en medio, la que te conducirá por suave pendiente á la morada de la alegría serena.

Allí reside la Paz, allí encontrarás la Seguridad y la Tranquilidad. Ella es alegre, pero no bulliciosa: ella es seria, pero no grave: ella contempla los goces y los pesares de la vida con tranquila serenidad.

Desde allí, como de una altura, presenciarás la locura y la miseria de los que, conducidos por la loca alegría de sus corazones viven entregados al placer y á la risa, ó consumidos por la tristeza y la melancolía pasan sus días quejándose de los males y calamidades de la vida humana.

A unos y otros los verás con lástima, lo errado de sus caminos te impedirá extraviarte por ellos.



CAPITULO III.
COLERA.

Como el huracán en su furia destroza los árboles y deforma la paz de la Na-

9838

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

turaleza, ó como el torrente en sus convulsiones derriba las ciudades; así la rabia de un hombre colérico solo produce desgracias à su derredor: la destruccion y los peligros brotan de sus manos.

Contéplalo, y no olvides tus propias debilidades; así estarás dispuesto à perdonar las faltas en los demás.

No te dejes arrastrar por la pasion de la cólera; afilarias una espada para herir tu propio pecho, ó para asesinar à tu amigo.

Si sufres con paciencia provocaciones ligeras, se te considerará como un sabio, y si las arrojas de tu memoria tu corazon quedará tranquilo y tu mente no tendrá nada que reprocharte.

¿No observas como el hombre colérico pierde su inteligencia? Mientras conserves tú el uso de tus sentidos deja que la rabia de otros te sirva de leccion. No hagas nada inspirado por la pasion de la cólera: ¿te resolverías à lanzarte al mar durante una tempestad?

Si es difícil reprimir tu cólera, es cuerdo

impedirla que estalle: evita pues las ocasiones de encolerizarte ó aléjate de ellas cuando se presenten.

Un tonto es provocado con discursos insolentes: un sabio se rie de ellos con desprecio.

No abrigues à la venganza en tu pecho: atormentará tu corazon y desnaturalizará sus mejores inclinaciones. Debes estar siempre mas dispuesto à perdonar que à devolver una injuria: el que espia la oportunidad para vengarse, espera contra si mismo y atrae el daño sobre su cabeza.

Una respuesta suave à un hombre irritado es como el agua que se arroja sobre el fuego, extingue su ardor, y de enemigo se convertirá en tu amigo.

Considera cuan pocas son las cosas que deben producir la cólera y comprenderás que solo los tontos se dejen arrastrar por ella. La locura y la debilidad la producen; pero recuerda, y está seguro, de que casi siempre termina por el arrepentimiento.

La venganza sigue a la locura, el Remordimiento sigue à la Cólera.

CAPITULO IV.
PIEDAD.

Como los botones y las flores brotan sobre la tierra al impulso del aliento de la primavera; como la suavidad del verano produce con perfeccion la liberalidad de las cosechas; asi la sonrisa de la Compasion vierte bendiciones sobre los hijos de la Desgracia.

El que compadece à otro se recomienda à si mismo; pero el que no tiene piedad no la merece tampoco.

El carnicero no se conmueve con el triste valido del cordero que sacrifica; ni el corazon crúel se enternece con el sufrimiento.

Pero las lágrimas del que se compadece son mas dulces que las gotas de rocío que caen de las rosas al seno de la tierra.

No cierres pues tu oído à los clamores del pobre, ni endurezcas tu corazon ante las desventuras del inocente.

Cuando el huérfano te llame, cuando la viuda te implore con el corazon des-

trozado y con las lágrimas del dolor ¡Oh! compadece su afliccion y extiende tu mano à aquellos que no tienen nadie que los proteja!

Cuando veas al vagamundo desnudo en la calle, temblando de frio y sin albergue, deja abrirse tu corazon al sentimiento de la generosidad, deja que las alas de tu caridad lo protejan y defiendan de la muerte, para que tu propia alma viva siempre

Cuando el pobre solloze sobre su lecho de enfermo; cuando el desgraciado languidezca en las sombras de su calabozo; cuando una cabeza cana por la edad te dirija miradas implorando tu compasion. ¡Oh! como podrias alejarte en pos de goces superfluos, sin considerar esas necesidades mostrándote impasible ante tales pesares.!

—*—

CAPITULO V.
DESEO Y AMOR.

Cuidate ¡oh joven! precávetete de las alucinaciones de la lascivia y no te dejes seducir por los impuros goces que te ofrezca la mujer de mala vida.

La locura del deseo destruirá sus propios fines; la ceguedad en ese sentimiento causará tu destrucción.

Por lo mismo no entregues jamás tu corazón á sus pretendidos encantos ni permitas que tu alma se esclavice ante sus tentadoras ilusiones.

La fuente de la salud, absorbida por la corriente del placer, se agotará bien pronto, cegando todo manantial.

En la primavera de tu vida te sorprenderá la vejez; tu sol se ocultará en la mañana de tu vida.

Pero cuando la virtud y la modestia iluminen sus encantos, el lustre de una mujer hermosa es mayor que el de las estrellas en el cielo, y es en vano resistir á la influencia de su poder.

La blancura de su seno se asemeja al lirio; su sonrisa es mas deliciosa que el jardín cubierto de rosas.

La inocencia de su mirada se asemeja á la de la tórtola; la sencillez y la verdad anidan en su corazón.

Los besos de su boca son mas dulces

que la miel; los perfumes de la Arabia emanan de sus labios.

No cierres entónces tu pecho á las ternuras del amor; la pureza de su llama ennoblecerá tu corazón, suavizándolo para recibir las mas gratas impresiones.

